

DISPARIDADES ESPACIALES Y MIGRACIONES EN EL CRECIMIENTO DE LA POBLACION EN NAVARRA ENTRE 1786 Y 1930

Pilar Erdozaín Azpilkueta y Fernando Mikelarena Peña

1. Introducción

Esta ponencia es el resultado del encargo realizado a los ponentes por parte de los organizadores del congreso relativo a la redacción de un texto que girara en torno a la cuestión de los movimientos de población y el desequilibrio demográfico en Navarra. Las dudas que nos suscitó dicho título, en especial, por la ambigüedad que advertíamos en la expresión "desequilibrio demográfico", originaron nuestra determinación de reformularlo y reconvertirlo en el que finalmente nos ha servido de punto de partida y que es, como puede verse, "Disparidades espaciales y migraciones en el crecimiento de la población navarra entre 1786 y 1930". Así pues, nuestra perspectiva se dirigirá a la incidencia de las migraciones internas y externas en las diferencias espaciales que se advierten en el crecimiento demográfico navarro en el largo plazo que cubre la mayor parte de la Edad Contemporánea. Es decir, intentaremos profundizar en la repercusión de la emigración y de la inmigración como factores explicativos de las disparidades existentes en las evoluciones poblacionales de las diferentes comarcas navarras en el periodo temporal mencionado.

La estructura de la ponencia es la siguiente. En primer lugar, nos centraremos en el crecimiento de la población navarra y en la incidencia de la emigración. En segundo lugar, analizaremos las disimilitudes que se advierten en las diversas evoluciones demográficas comarcales. En tercer lugar, estudiaremos los saldos migratorios de las diferentes zonas de Navarra. Y en cuarto y último lugar, nos fijaremos en la magnitud y direccionalidad de las migraciones internas.

2. El crecimiento de la población Navarra entre 1786 Y 1930. La incidencia de la emigración

En el periodo de 144 años que media entre 1786 y 1930 la población navarra pasó de contar con unos 227.382 habitantes en la primera fecha a tener 345.883 en la segunda. Ese incremento poblacional supuso una tasa media anual de crecimiento, tal y como se ve en el Cuadro 1, del 0,29 por ciento, una tasa ciertamente limitada puesto que el conjunto de la población española creció, tal y

como se vé en el mismo Cuadro, a una marcha del 0,57 por ciento anual. Lo limitado de la tasa de crecimiento de la población navarra en el conjunto del periodo se hace mucho más evidente si tenemos en cuenta que el crecimiento demográfico del Estado español fue uno de los más bajos de Europa Occidental.

Cuadro 1: Tasas de crecimiento demográfico de Navarra y del conjunto español entre 1786 y 1930 (en tantos por mil)

INTERVALOS	NAVARRA	ESPAÑA
1786-1930	0,29	0,57
1786-1860	0,37	0,55
1786-1824	0,24	0,30
1824-1860	0,49	0,82
1860-1930	0,21	0,59
1860-1900	0,07	0,43
1860-1877	0,09	0,35
1877-1887	0,00	0,55
1887-1900	0,09	0,45
1900-1930	0,39	0,80
1900-1910	0,15	0,71
1910-1920	0,55	0,68
1920-1930	0,48	1,02

Fuente: para Navarra cálculos propios a partir de los censos de población de las fechas respectivas. Para España, cálculos propios a partir de las cifras reproducidas por Pérez Moreda (1984, 24).

Considerando los distintos subperiodos intercensales, de las tasas recogidas en el Cuadro 1 se percibe claramente que las tasas de los periodos 1786-1860 y 1900-1930 (del 0,37 y del 0,39 por ciento respectivamente) contrastan con la tasa del 0,07 del periodo 1860-1900. Por lo tanto, la población navarra experimentó durante la segunda mitad del ochocientos un estancamiento demográfico que no se corresponde con el vigor mediano de los periodos antecedente y posterior. Asimismo, a la luz del mismo Cuadro queda claro que los resultados navarros permanecieron habitualmente a una considerable distancia, en ocasiones enorme, de los del conjunto español. Entre 1786 y 1860 Navarra creció a un ritmo del 0,37 por ciento anual y España a otro del 0,55. Entre 1860 y 1930 la tasa navarra fue del 0,21 y la española del 0,59. Solamente en 1786-1824 y en la segunda década de nuestra centuria las tasas de crecimiento de Navarra y de España se acercaron relativamente. Por su parte, las mayores disparidades entre la evolución navarra y la estatal se localizan, como es lógico, en los cuatro últimos decenios del ochocientos.

Desde el ángulo regional y provincial se reafirma la impresión que la evolución demográfica navarra fue de las más lentas y anémicas dentro del Estado español. De la confrontación de la evolución navarra con las de las demás regiones históricas efectuada por Pérez Moreda (1985, 32) se desprende que entre 1797 y

Disparidades espaciales y migraciones en el crecimiento de la población en Navarra entre 1786 y 1930

1930 Navarra fue la región que menos progresó, ocupando en todas las fechas censales posiciones de retaguardia. De igual modo si elegimos otra forma de aquilatación del crecimiento demográfico navarro como es la del cotejo con el de las demás provincias del Estado entre 1860 y 1930 no encontraremos ningún consuelo. En una clasificación conformada por los valores conseguidos por las distintas provincias en 1930 respecto al volumen poblacional que tenían setenta años antes, Navarra ocupa el lugar 35. Pormenorizando a partir de las tasas de crecimiento de cada intervalo intercensal, Navarra se colocaba en las siguientes posiciones a escala provincial: en el lugar 38 en 1861-1877, en el 44 en 1878-1887, en el 39 en 1888-1900, en el 44 en 1901-1910, en el 21 en 1911-1920 y en el 35 en 1921-1930. Así pues, con la exclusiva salvedad de los años diez de la actual centuria, los niveles de crecimiento demográfico de Navarra siempre se situaron en la zona de retaguardia de entre los niveles de las 49 provincias españolas.

La causa inmediata del desfase del crecimiento demográfico navarro con respecto al español fue la emigración. Los saldos migratorios del periodo 1860-1930, que es el único periodo en el que se pueden cuantificar, siempre fueron bastante negativos. Los datos del Cuadro 2 hablan de que en el conjunto de aquel periodo habrían abandonado Navarra casi unas 130.000 personas.

Cuadro 2: Saldos migratorios y tasas de migración anuales por mil habitantes en Navarra entre 1860 y 1930

PERIODOS	DIFERENCIA CENSAL	DIFERENCIA VEGETATIVA	SALDO MIGRATORIO	TASA MIGRACION
1860-1877	+ 4.530	+ 34.659	- 30.129	- 5,87
1878-1887	- 62	+ 18.273	- 18.335	- 6,03
1888-1900	+ 3.547	+ 22.400	- 18.853	- 4,74
1901-1910	+ 4.566	+ 30.523	- 25.957	- 8,37
1911-1920	+ 17.640	+ 30.358	- 12.718	- 3,96
1921-1930	+ 16.008	+ 37.193	- 21.185	- 6,27

Fuente: Elaboración propia a partir de las publicaciones censales y del movimiento natural de la población.

En el caso de que sean veraces los datos del crecimiento natural en que se fundamenta el cálculo de esos saldos, cuestión por otra parte debatida por los especialistas sobre todo para el periodo anterior a 1900, esos balances serían bastante cercanos a la realidad puesto que Navarra apenas recibió población inmigrante. La proporción de población natural de la misma provincia siempre superó el 90 por ciento, oscilando en unos pocos enteros. En 1877 el 90,3 por ciento de la población navarra había nacido en la misma provincia; en 1887 el 92,9; en 1900 el 93,7; en 1910 el 94,2; en 1920 el 92,0 y en 1930 el 91,7.

Los saldos migratorios estimados cobran un significado más auténtico cuando recurrimos a la comparación. El cotejo entre las tasas de migración neta navarras con las de las demás provincias españolas sirve para concluir que Navarra entre 1860 y 1930 fue un territorio en el que el fenómeno de expulsión de

contingentes humanos tuvo una inmensa importancia, especialmente en el periodo que va desde 1877 a 1910. La tasa de 5,87 emigrantes por mil habitantes del intervalo 1861-1877 coloca a Navarra en la posición decimoséptima dentro de las provincias ordenadas éstas de mayor a menor emigración. En el intervalo 1878-1887 Navarra fue la cuarta provincia con mayor emigración; en 1888-1900 la octava; en 1901-1910 la cuarta otra vez; en 1911-1920 la decimonovena y en 1921-1930 la decimosegunda.

Acerca de los motivos últimos de una emigración tan aguda hay que descartar la explicación que apela el carácter mayoritariamente agrario de la economía navarra. Siendo cierto que hasta 1910 más de tres de cada cuatro hombres activos trabajaban en Navarra en el sector agrario y siendo cierto que el descenso de la proporción de varones ocupados en la agricultura en 1930 (hasta una proporción del 65,6 por ciento, casi doce puntos menos que en 1910) no muestra que en nuestra provincia se consiguieran unos logros industrializadores superiores a los de la mayor parte de las provincias españolas¹, no debemos de pensar que la causa única y exclusiva de la considerable corriente emigratoria fuera la elevada proporción de activos agrarios por la sencilla razón de que muchas otras provincias españolas tan o más agrarias que la nuestra registraron saldos migratorios mucho menores, tal y como se puede comprobar leyendo un artículo de uno de los autores de esta ponencia (Mikelarena, 1993). Es mucho más acertado apuntar que, dado el peso específico de la agricultura sobre el conjunto de la economía y de la población en el periodo 1860-1930, debieron ser, tanto en Navarra como en el resto de las provincias agrarias españolas factores ligados a las estructuras agrarias internas (como distribución de las masas de cultivo, estructura de la propiedad de la tierra y relaciones de explotación, grado de integración en el mercado, naturaleza más o menos plural de la captación de ingresos por parte de las economías domésticas campesinas, incidencia de la evolución de los precios de los productos agrarios y de coyunturas bajistas como la crisis agraria de 1877-1910, incidencia de plagas como la filoxera, etc.) los que motivaron las diferentes respuestas migratorias. Por consiguiente, hay que pensar que la entidad del fenómeno emigratorio en Navarra tuvo que residir no sólo en el pronunciado peso específico de la agricultura, sino en las características internas de ésta y en otros aspectos peculiares y privativos del sector agrario navarro y de las condiciones de todo tipo que tuvo que soportar y que repercutieron negativamente sobre su capacidad de retener mano de obra.

Entre las características propias de la agricultura navarra y los condicionamientos exógenos a ella que la afectaron para dar lugar finalmente a una corriente emigratoria tan intensa, en especial en el periodo anterior a 1910, pueden citarse los cinco siguientes: la incidencia de los rendimientos decrecientes y del aumento de los costes de producción resultantes de la roturación de tierras marginales, el declive de los ingresos complementarios con los que muchas unidades familiares aseguraban su autorreproducción, el impacto de la crisis agraria

¹ Baste señalar que si en 1900 había 23 provincias con un porcentaje menor de activos masculinos empleados en la agricultura que el navarro y en 1910 había 22, en 1930 había 36. Igualmente, en esa última fecha se contaban 40 provincias con un porcentaje mayor de activos masculinos ocupados en el secundario por 30 tres décadas antes. Asimismo, desde otro ángulo Navarra ocupó la posición 36 en una clasificación de las provincias españolas, ordenadas de más a menos, según el nivel de descenso porcentual de los activos agrarios y el lugar 37 en otra clasificación según el nivel de aumento porcentual de los activos en el sector secundario.

finisecular, el endeudamiento del campesinado por efecto de los conflictos bélicos y el carácter familiar de la mayor parte de las explotaciones agrarias campesinas. De esos cinco factores, cuatro operaban en muchas otras partes fuera de Navarra y solamente el relacionado con el endeudamiento del campesinado sería más privativo de Navarra al vivirse aquí con enorme intensidad, desde luego superior al de la mayor parte de las demás zonas españolas.

Respecto a la primera de esas razones, el crecimiento agrario se fundamentó exclusivamente en la rotura de tierras de secano hasta entonces incultas, conllevando una caída de los rendimientos por ser terrenos de menor calidad y un aumento de los costes productivos por requerir mayor aplicación de fuerza de trabajo. Ya Ripa en 1865 atestiguó esos dañinos efectos sobre la productividad del sector (Ripa, 1865, 24).

En relación con la segunda razón, parte de la evidencia de que el campesinado tradicional se caracterizaba por la pluriactividad. Es decir, además del trabajo de la tierra y de los quehaceres pecuarios, diversas actividades de naturaleza variada (protoindustriales como la manufactura textil y siderúrgica; artesanales; de transporte como la arriería; de caza y recolección, etc.) aportaban unos valiosos ingresos complementarios a las economías familiares campesinas. A lo largo del siglo XIX, algunas de estas actividades de complemento de lo que se obtenía a través del trabajo de la tierra (fuera propia o arrendada, trabajando para sí o vendiendo la propia fuerza de trabajo) entraron en declive. La revolución de los transportes y la conformación de un mercado nacional conllevaron que algunas producciones protoindustriales y artesanales tuvieran que competir con las más baratas manufacturas fabriles. Ello pudo afectar a algunos valles del norte de Navarra en los que existían manufacturas textiles domésticas o en los que habían ferrierías, una industria ésta última que generaba numerosa oferta de trabajo indirecta. Asimismo, las actividades tradicionales de transporte como la arriería chocaron con el ferrocarril en rápido ascenso y mucho más competitivo, afectando, como es obvio, a los arrieros en sentido estricto y a los campesinos que efectuaban labores de arriería en las estaciones muertas, pudiendo estar unos y otros presentes por toda Navarra, aunque en mayor medida en las zonas atravesadas por ejes viarios de cierta importancia. Por último, la privatización de terrenos comunales, llevada a cabo en Navarra desde la guerra de la Independencia, limitó el acceso a disfrutes hasta entonces libres e imposibilitó prácticas de caza y de recolección de frutos y de materias primas.

En cuanto a la crisis agraria finisecular, afectó tanto a Navarra como al resto del Estado y de Europa. En el caso concreto de Navarra, esta crisis agraria se compuso de distintas vertientes. Por un lado, la vertiente referida a los cereales fue ocasionada por el descenso de los precios producido a su vez por la concurrencia entre 1879-1889 y 1892-1894 de granos extranjeros en los mercados de la periferia peninsular y de las Antillas, salidas tradicionales de los excedentes cerealísticos del interior peninsular. La caída de los precios de los granos supuso la súbita reducción del margen de beneficio de muchas explotaciones agrícolas y fomentó el abandono de las tierras menos productivas y el éxodo rural. Por otro lado, la vertiente de la crisis relativa al viñedo fue motivada por la intervención de la plaga de la filoxera que, iniciada en 1892 en Echauri, para 1905 había aniquilado la práctica totalidad de los viñedos navarros. Asimismo, a esas dos vertientes primordiales habría que añadir otras como la olivarera y la ganadera. Mientras representantes de localidades del sur de Navarra se quejaban en la encuesta sobre la

crisis publicada en 1887 de la depreciación del precio del aceite, testimonios de localidades de la zona septentrional incidían en la caída de los precios del ganado vacuno.

Por lo que hace al endeudamiento del campesinado estaría motivado por las repercusiones económicas para la población civil de los distintos episodios de la secuencia bélica que comienza con la guerra de la Convención y que sigue con la de la Independencia, la realista, la primera carlista y la última carlista. Las imposiciones, requisas y destrucciones de bienes infligidas al campesinado por los bandos contendientes de forma repetida y acumulativa habrían hecho que al final de la última carlistada el campo navarro estuviera en bastante peor situación que el de otras regiones españolas que no fueron escenarios de tantos conflictos.

Para finalizar ya con este apartado, el hecho de que propongamos como factor a considerar el del carácter familiar de la mayor parte de las explotaciones agrarias campesinas entronca con la constatación de los comportamientos opuestos frente a a las migraciones que en el contexto español se comprueba entre las zonas como las de la mitad septentrional caracterizadas por unas estructuras agrarias fundamentadas en explotaciones familiares en las que la pequeña propiedad tiene mucha presencia y las zonas como las de la mitad meridional caracterizadas por unas estructuras agrarias en las que una minoría terrateniente concentra gran parte de la distribución del terrazgo, haciendo que la mayoría de la población trabaje en sus haciendas como jornaleros vendiendo su fuerza de trabajo. En efecto, tal y como se ha constatado en diversos trabajos (Mikelarena, 1993; Nicolau, 1991) los espacios agrarios de la mitad norte expulsan población en muchísima mayor medida que los de la mitad sur.

3. Las evoluciones demográficas comarcales

Antes de comenzar a comentar las características de las evoluciones demográficas de las distintas comarcas navarras, hemos de aclarar que la comarcalización que hemos adoptado se fundamenta en la de Urabayen (1931), variando de ésta en el desglose efectuado de la Ribera Tudelana en dos comarcas: Ribera Central y Ribera Tudelana propiamente dicha. En comparación con otras comarcalizaciones como la de Floristán (1972), la comarcalización que utilizamos es muy minuciosa respecto de la Montaña y es casi idéntica, con la sola excepción de la inclusión de la Ribera Central, en lo concerniente a la Navarra Media y a la Ribera. Asimismo, hemos de precisar que hemos considerado a la ciudad de Pamplona como unidad comarcal diferenciada.

Hemos contemplado las evoluciones demográficas comarcales a partir de la perspectiva de los números índices correspondientes a la población de cada comarca en las diversas fechas censales, tomando como base 100 la relativa a los efectivos poblacionales de cada zona en 1786 (ver Cuadro 3).

Según los números índices del Cuadro 3 queda claro que, en la fecha final de 1930, fueron la Ciudad de Pamplona, la Ribera Central y la Ribera Tudelana las comarcas que obtuvieron resultados más satisfactorios. En las tres la población se multiplicó por dos o más enteros. A la otra comarca de la Ribera, a la Ribera Occidental, le faltaron diez enteros para llegar a la duplicación de los efectivos demográficos. En cambio, las demás comarcas navarras muestran unos logros inferiores. La Barranta y las dos comarcas de la Zona Media tenían en 1930 un 40 por ciento más de habitantes que en 1786, habiendo crecido por debajo del 52 por

Disparidades espaciales y migraciones en el crecimiento de la población en Navarra entre 1786 y 1930

ciento de la provincia. El resto de las comarcas avanzó de forma mucho más limitada, llegándose a dar el caso que alguna comarca, como los Valles Meridionales, tenía en 1930 menos población que 144 años antes.

Por otra parte, si nos fijamos en la evolución de los diferentes ámbitos comarcales se aprecia que, junto a su mayor firmeza, el crecimiento demográfico del tercio meridional se caracterizó por su mayor regularidad y por ser relativamente escalonado. Por contra, es destacable que en siete comarcas de la Navarra septentrional y central el máximo nivel poblacional se ubique cronológicamente en el periodo 1860-1877, años que supusieron un auténtico punto de inflexión para esas zonas. Hemos de recordar que el hecho de que en el norte y en el centro de Navarra el máximo poblacional se localice en 1860 ó 1877 no tiene nada de extraño en cuanto que es algo que también se corrobora en otras muchas zonas rurales españolas, tal y como indicamos en un artículo anterior (Erdozain y Mikelarena, 1996).

Con todo, un aspecto que debe quedar claro es el de que el crecimiento demográfico de la Ribera destaca por su positividad en comparación con los poco dinámicos derroteros seguidos por la Montaña y la Zona Media. No obstante, ello no significa que los resultados ribereños sean de por sí positivos. En sí, el crecimiento demográfico de la Ribera no fué más allá del crecimiento del conjunto español. Entre 1786 y 1930 la tasa de crecimiento demográfico de la población española fué del 5,7 por mil habitantes y la de la merindad de Tudela, por ejemplo, del 5,2. Entre 1900 y 1930 la tasa española fue del 8 por mil y la de la merindad tudelana del 6,8. Es decir, si comparamos las tasas de las comarcas de la Ribera con las tasas del conjunto de la población española, veremos que aquéllas, por lo general, están por debajo de éstas y que, por lo tanto, situadas en un plano más amplio, el crecimiento demográfico de la Ribera no es en realidad otra cosa que mediano.

Cuadro 3: Evolución demográfica de las comarcas navarras entre 1786 y 1930. Números índices (1786 = 100)

	1786	1824	1860	1877	1887	1900	1910	1920	1930
V. CANTABRICOS	100	106	117	105	105	109	109	114	111
V. MERIDIONALES	100	104	112	103	100	99	99	96	94
BARRANCA	100	105	126	129	127	130	134	137	146
PIR. OCCIDENTAL	100	100	123	115	115	116	115	111	112
PIR. ORIENTAL	100	100	106	101	104	103	102	102	100
CUENCA PAMPLONA	100	107	119	116	114	118	123	127	124
CIUDAD PAMPLONA	100	91	163	?	189	205	210	232	300
LUMBIER-AOIZ	100	105	126	123	120	118	119	114	114
MEDIA OCCIDENTAL	100	120	134	131	131	131	130	130	133
MEDIA ORIENTAL	100	123	148	146	154	143	142	144	141
RIBERA	100	127	139	139	148	149	160	177	188
OCCIDENTAL	100	107	143	144	154	163	186	231	253
RIBERA CENTRAL	100	117	148	154	167	174	171	191	203
RIBERA TUDELANA	100	110	131	?	133	135	137	145	152
TOTAL NAVARRA									

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos censales. en el caso de los datos de 1877 no se adjuntan los de Pamplona ni se calculan los del total provincial por ser imposible valorar la población militar circunstancial presente en la capital.

La consecuencia de los diferentes ritmos demográficos comarcales fue una variación en la distribución geográfica de la población. Tal y como se ve en el Cuadro 4, la proporción de la población residente en las cinco comarcas más septentrionales (es decir, lo que se entiende por Montaña en sentido estricto) descendió del 30,7 por ciento sobre el total de la población navarra en 1786 al 26,9 en 1860, al 24,8 en 1900 y al 22,3 en 1930. El peso específico de las dos cuencas prepirenaicas también bajó, al igual que el de las dos comarcas en que se divide la Zona Media, aunque en este último caso a partir de 1900. Así por ejemplo, si en 1786 vivían en la Comarca Media Occidental y en la Comarca Media Oriental 26,8 de cada cien navarros, en 1860 eran 28,2, en 1900 26,7 y en 1930 23,8. Por contra, la cuota de la Ribera y de Pamplona no cesó de aumentar. En la Ribera residían a finales del siglo XVIII el 24,2 por ciento de la población navarra, en 1860 el 26,1, en 1900 el 28,6 y en 1930 el 32,3. De modo parecido, la población de la capital pasó de equivaler el 6,3 por ciento de la población navarra en 1786 a representar casi el doble (el 12,2) en 1930.

Cuadro 4: Proporciones de la población de las diversas comarcas navarras sobre la población total en 1786, 1860, 1900 y 1930

	1786	1860	1900	1930
V. CANTABRICOS	12,0	10,6	9,6	8,7
V. MERIDIONALES	6,0	5,0	4,3	3,6
BARRANCA	4,5	4,2	4,2	4,3
PIR. OCCIDENTAL	4,5	4,2	3,9	3,3
PIR. ORIENTAL	3,7	2,9	2,8	2,4
CIUDAD PAMPLONA	6,3	7,6	9,4	12,2
CUENCA PAMPLONA	7,1	6,3	6,1	5,7
LUMBIER-AOIZ	4,9	4,6	4,2	3,6
MEDIA OCCIDENTAL	15,4	15,5	14,8	13,3
MEDIA ORIENTAL	11,4	12,7	11,9	10,5
RIBERA OCCIDENTAL	9,7	10,1	10,5	11,8
RIBERA CENTRAL	4,5	4,8	5,3	7,3
RIBERA TUDELANA	10,0	11,2	12,8	13,2
TOTAL NAVARRA	100,0	99,7	99,8	99,9

Fuente: Elaboración propia a partir de los censos de población de las fechas respectivas.

Acerca de las causas de esa disparidad evolutiva, el decurso pamplonés se explica fácilmente en virtud de su status de capital provincial y en virtud de ser en el contexto navarro un foco de industrialización de relevancia. Pamplona creció demográficamente por efecto del impulso inherente al incipiente proceso industrializador vivido en la ciudad y a la localización en ella de múltiples servicios relacionados en última instancia con el hecho de la capitalidad. Uno y otro factor convirtieron a Pamplona en un lugar de destino migratorio de relativa

importancia para la población rural de la propia Navarra, siendo la corriente inmigratoria el determinante inmediato de su aumento poblacional. Más adelante veremos estos aspectos con mayor detenimiento.

Mayor complejidad tiene la explicación de por qué el tercio sur de Navarra tuvo una evolución demográfica mucho más positiva que los tercios norte y central. Como quiera que es a partir de 1860 cuando más desfase se advierte, centraremos nuestros razonamientos en el periodo 1860-1930, discerniendo el periodo 1860-1910 del periodo 1910-1930.

3.1. Factores de la disparidad evolutiva de las comarcas rurales entre 1860 y 1910

Bajo nuestro punto de vista, las características de las mismas economías agrarias comarcales constituyen el factor explicativo esencial de las dispares evoluciones del periodo 1860-1910, máxime si consideramos la alta dependencia de la población respecto de la agricultura en todas ellas durante todo el periodo. En línea con los factores señalados a la hora de explicar el comportamiento de la población navarra, en las comarcas navarras existía una pluralidad de economías agrarias, con diferentes distribuciones de masas de cultivos, calidad de los suelos, presencia de la ganadería, grado de mercantilización, grado de pluriactividad, etc.

La agricultura de las comarcas más montañosas era, a causa de las limitaciones impuestas por la naturaleza, pobre, complementándose con una dedicación ganadera importante y con una aplicación notoria a actividades de tipo artesanal y protoindustrial. Las herrerías, que proporcionaban una oferta de trabajo inducida nada desdeñable para la época, se localizaban básicamente en el noroeste cantábrico. A su vez, según las informaciones presentes en el Diccionario de Madoz, las manufacturas textiles se diseminaban sobre todo por el tercio septentrional. A partir de 1850 los pilares de esta estructura económica se desmoronaron. Ya desde antes de esa fecha las herrerías entraron en declive. Asimismo, a partir de aquella fecha la artesanía textil de lana y lino tuvo que afrontar la competencia de la manufactura fabril que, desde Cataluña, inundará el mercado nacional, apoyándose en la intensificación de los intercambios. Por otra parte, ni el medio físico permitía una ampliación de la superficie cultivada ni esta ampliación podía ser una solución ante la llegada de productos agrarios de menores costes productivos desde las áreas de llanura, transportados además por medios de transporte cada vez más baratos. Por último, la ganadería también fue afectada: la trashumante, en el Pirineo Oriental suponía una fuente de riqueza capital, por el encarecimiento de los pastos de invierno como consecuencia del proceso roturador de todo el siglo XIX; el vacuno por su depreciación constatada desde 1880.

Las cuencas prepirenaicas y las dos comarcas de la Zona Media se caracterizaban por una economía agraria estrechamente vinculada al cultivo de la tierra. Aunque en estas comarcas se ubicaba focos artesanales de importancia como Aoiz, Estella, Urroz, etc., las actividades transformadoras afectaban aquí a menos gente que en la Montaña. También la ganadería tenía menos importancia. La evolución demográfica de estas comarcas podría razonarse por la falta de suelo y por la incidencia de la crisis cerealícola y vitícola. En primer lugar, hay indicios que las dos cuencas prepirenaicas y la Comarca Media Occidental habrían llegado hacia 1888 a cotas sumamente elevadas de ocupación del espacio agrario. Como prueba de ello, si comparamos los porcentajes de la superficie agrícola respecto a la superficie total correspondientes a los años 1888 y 1930 calculados por el

Equipo de Trabajo de la Tierra del Instituto Gerónimo de Ustáriz (1991,62) se deduce que, puesto que la fecha final sería el momento de máxima ocupación agrícola de todo el periodo, ya en la primera existirían pocos espacios roturables. En las Cuencas Prepirenaicas esos porcentajes solamente aumentaron desde el 36,1 por ciento al 39,4 y en la Comarca Media Occidental sólo del 46,2 al 49,7. El caso de la Comarca Media Oriental es diferente ya que aquí aún habría tierra roturable puesto que de un porcentaje del 35,5 en 1888 se pasa a otro del 45,4, mucho más alto como se vé, en 1930. Por consiguiente, hay que pensar que en 1888 aquellas zonas se toparon con la falta material de tierra. En una situación tecnológica como la vigente antes de 1900, con arados de poca profundidad y limitada disponibilidad de abonado, la máxima ocupación del espacio conllevó que el cultivo de cereales en las Cuencas Prepirenaicas y en la Comarca Media Occidental, en su práctica totalidad de secano, entrara en la fase de rendimientos decrecientes en los terrenos más marginales. La actuación de los rendimientos decrecientes, combinada con el hecho de esas zonas fueran las más cerealistas de Navarra explica la caída poblacional en una zona y el estancamiento en otra entre 1878 y 1887, años en los que cayeron los precios de los cereales. Por lo que respecta a la Comarca Media Oriental, su fuerte retroceso demográfico entre 1887 y 1900 se debió a su carácter más vitícola y a la aparición de la plaga de la filoxera. La filoxera también estaría detrás de la persistencia del estancamiento de la Media Occidental en los últimos trece años del XIX, así como del bajón poblacional de municipios de la Cuenca de Pamplona y de las dos comarcas de la Zona Media en los que el viñedo tenía una tremenda importancia tales como los de la Valdorba, Val de Aibar, Valdezarbe, Val de Mañeru, Echauri, Ollo, Ujué, San Martín de Unx, etc.

En cuanto a la Ribera, debemos reseñar tres rasgos peculiares de su economía agraria. En primer lugar, era una zona con una baja densidad poblacional de partida motivada por un bajo nivel de ocupación agrícola y por la existencia de mucha tierra roturable. En segundo lugar, mientras en el resto de las comarcas navarras la tierra de labor era casi totalmente de secano, en la Ribera la de regadío alcanzaba proporciones importantes, llegando a ser mayoritaria en la Ribera Tudelana. Esto haría que la productividad en el cereal fuera elevada y que existiera una mayor capacidad de diversificación de los cultivos. En tercer lugar, en la Ribera las explotaciones agrarias tenían un carácter más capitalista y menos familiar que en el resto de Navarra. No es descabellado pensar que la comercialización de tales explotaciones ribereñas fuera más intensa y temprana que las de la mayor parte de la Montaña y de la Zona Media en la medida en que desde los años sesenta la Ribera estuvo surcado por líneas férreas bien cercanas a la mayoría de los pueblos. Por otra parte, la mayor desigualdad de la distribución de la propiedad de la tierra, puesta de manifiesto por Lana Berasain (1992), podría favorecer el desarrollo demográfico y agrario ya que, como se dijo más arriba, en el contexto español es un hecho comprobado el de que las zonas que registran una mayor concentración de la propiedad en pocas manos y un alto porcentaje de población carente de tierra en grados parecidos a los de la Ribera se corresponden con aquéllas en las que la población agraria creció más hasta 1930 por haber conseguido retener a más mano de obra. Con todo, además de esas constataciones hay que hacer constar que en la Ribera se distinguen comportamientos evolutivos duales entre los municipios cerealistas y los vitícolas: hasta 1887 los municipios que más crecieron fueron los más dedicados al viñedo y entre 1887 y 1900 los centrados en el cereal. Esa dualidad es la causante de que no se aprecien

retramientos demográficos sensibles en lapsos intercensales concretos en el conjunto de esas comarcas.

La operatividad de todos esos factores ligados a las economías agrarias comarcales es bastante pronunciada en lo que respecta a dar explicación de las evoluciones demográficas de las comarcas navarras con posterioridad a 1877. Pero, con la excepción de los comentarios realizados acerca de la crisis de la ganadería lanar, de la siderurgia tradicional y de la artesanía textil y de sus efectos en las comarcas más montañosas, apenas dan razón de la inversión del crecimiento comprobado en la mayoría de las comarcas septentrionales y centrales entre 1860 y 1877. Como se recordará en ese intervalo se produjo un fuerte descenso en las comarcas más septentrionales y montañosas, un retroceso moderado en las cuencas prepirenaicas y comarcas medias y un limitado crecimiento en la Ribera. A nuestro juicio, en las pérdidas de la Montaña y de la Zona Media tendrían mucho que ver los efectos de la última guerra carlista. Junto con ella, en la Montaña también habría actuado el declive de la artesanía textil, el de las ferrerías y el de la ganadería lanar trashumante.

La última guerra carlista habría tenido quizás repercusiones más negativas en la Montaña y en la Zona Media que en la Ribera porque el nivel de exacciones y requisas impuestas al campesinado y de destrucciones ocasionadas por los contendientes habría sido mayor en aquellos ámbitos que en el otro. Lo mismo habría sucedido en la primera guerra carlista por lo que aquellas zonas tendrían de partida una herencia más negativa de los efectos de los conflictos bélicos del siglo. El fundamento de este argumento es el de que, mientras el sur de Navarra se mantuvo en las dos guerras bajo dominio liberal y sin ser apenas escenario de batallas, la Montaña y la Zona Media estuvieron bajo el control alternativo de los dos bandos, siendo el teatro bélico de operaciones.

Por otra parte, tenemos que mencionar una circunstancia sobre la que habría que profundizar. Es la de que justamente las zonas caracterizadas por la familia troncal y el sistema sucesorio indiviso son las que a partir de 1860 agotan su capacidad de crecimiento y que, por contra, la zona geográfica con familia nuclear y sistema sucesorio diviso sea la que registre una evolución más positiva. A nuestro juicio, esta idea merecería un estudio monográfico, que ojala pronto se lleve a cabo.

3.2. Factores de la disparidad evolutiva de las comarcas rurales entre 1910 y 1930

Entre 1910 y 1930 la mayor parte de las comarcas navarras, tal y como se podía ver en el Cuadro 3 a través de los números índices, se significaron por el estancamiento o el retroceso demográfico, siendo la tercera década la más perjudicial porque en ella muchas zonas perdieron lo que habían ganado en la segunda. Solamente la Barranca, la ciudad de Pamplona y las tres comarcas de la Ribera tuvieron una evolución francamente positiva.

Las razones que explican las distintas evoluciones de las comarcas navarras entre 1910 y 1930 fueron básicamente dos: la evolución del sector agrario y la localización del sector industrial. Tanto uno como otro factor actuaban positivamente en la Ribera. En relación con la evolución del sector agrario, porque el proceso de extensión de los cultivos se localizó primordialmente en las comarcas meridionales de Navarra, totalizando la Ribera el 60,7 por ciento de las nuevas tierras roturadas en el conjunto navarro. En relación con la localización del sector industrial, porque más del 60 por ciento de la industria alimentaria navarra,

el sector más importante de la industria en el conjunto de la provincia, se concentraba en 1927 en el tercio meridional de la provincia. A su vez, la presencia de diversos focos industriales, además de en Pamplona, en municipios de la mitad norte como Vera de Bidasoa, Alsasua y Olazagutía tuvieron eco en nuestra elaboración de los datos poblacionales comarcales en las positivas evoluciones de la capital Pamplona y de la comarca de la Barranca (Los Huertos, 1992).

Además de esos dos factores preeminentes, existen otros que cabe asimismo mencionar. Algunos de ellos se han citado ya al hablar de las causas intervinientes en los distintos crecimientos demográficos comarcales del periodo 1860-1910. Otros se entrelazan estrechamente con esos factores ya citados, si bien aún no han sido explicitados.

El tercio septentrional tuvo que hacer frente a las notorias limitaciones de su agricultura por motivaciones esencialmente ligadas a lo abrupto de su medio físico. En el caso concreto del cultivo de cereales, una vez que fue posible un abastecimiento regular y a precio competitivo desde las zonas de llanura, se produjo un proceso de abandono de tierras cerealistas en la Montaña debido a sus más elevados costes de producción. Por otra parte, la obligada reorientación hacia la ganadería (especialmente de vacuno) de la estructura agraria de esta zona a causa de la crisis de su agricultura (lo que motivó la sustitución de la tierra dedicada al cultivo de cereales por prados) habría tenido como consecuencia la disminución del número de activos necesarios para la realización de labores ordinarias. A su vez, la ganadería trashumante de salacencos y roncaleses habría topado con más obstáculos durante el primero tercio del siglo actual por efecto del notable movimiento roturador de las zonas bardeneras. Por último, la constitución de polos de industrialización en municipios como Vera de Bidasoa, Alsasua y Olazagutía conllevó el crecimiento de esos pueblos, así como una menor incidencia de la emigración hacia el exterior de la propia comarca.

Respecto a las comarcas centrales de la provincia, sus pautas de estancamiento poblacional convivieron con el mantenimiento de estructuras económicas de tintes tradicionales y con un cambio técnico en la agricultura que si, por un lado, incrementaba el volumen de la superficie cultivada por persona debido a un proceso de compensación de la falta de tierra roturable en las Cuencas Prepirenaicas y la Comarca Media Occidental por la vía de una mayor aplicación a prácticas de intensificación de los cultivos, traducidas en una fuerte reducción del barbecho por medio de la aplicación de abonado mineral, por otro, fomentaba la emigración al sustituir el trabajo humano por trabajo mecanizado. Por otra parte, es de suponer que, al igual que sucedía en las zonas más meridionales de la Montaña, las Cuencas Prepirenaicas y las dos comarcas de la Zona Media propiamente dicha habrían sido los ámbitos geográficos más afectados por la atracción migratoria de la capital Pamplona a causa de su mayor cercanía a esta ciudad que creció vivamente entre 1910 y 1930.

En lo referente a la Ribera, para el periodo 1910-1930 ya hemos comentado más arriba el eco positivo en especial para esta zona del movimiento de ampliación del terrazgo y de la instalación de agroindustrias. Asimismo, continúan siendo operativos en la Ribera los argumentos anteriormente reseñados referentes a los efectos de la mucha mayor disponibilidad de tierra de labor de regadío, del carácter más capitalista y más relacionado con el mercado de las explotaciones agrarias y de la mayor desigualdad en la distribución de la propiedad de la tierra.

4. Saldos migratorios en las diferentes comarcas de Navarra

En relación con este punto, hemos estimado las tasas de migración anuales por mil habitantes en los distintos periodos intercensales existentes entre 1860 y 1930 de once municipios localizados en las diversas zonas de Navarra. Esos once municipios son los siguientes: Echalar, Imoz, Garayoa y Villanueva de Aézcoa (éstos dos fusionados de cara a una mayor operatividad), Améscoa Baja, Yerri, Oteiza, Aibar, Cárcar, Carcastillo y Buñuel. Esa serie de localidades (como se vé, cuatro de la Montaña, cuatro de la Zona Media y tres de la Ribera) vienen a representar, a nuestro juicio, ejemplos bastante adecuados de los diferentes ámbitos distinguibles en las tres grandes zonas de Navarra. De esas once localidades, entre 1860 y 1930 los tres ejemplos de la Montaña y también Aibar perdieron población total; Améscoa Baja, Yerri, Oteiza y Cárcar registraron unas cortas ganancias; y sólo Carcastillo y Buñuel crecieron de forma notoria puesto que pasaron de 1045 y de 1302 habitantes en 1860 a contar con 2.427 y 2.779 respectivamente en 1930. Expresando sus crecimientos demográficos en tasas de crecimiento, mientras Améscoa Baja, Yerri, Oteiza y Cárcar registraron en el conjunto del periodo 1860-1930 tasas por debajo de los 4 por mil habitantes añadidos en cada año, la tasa de Carcastillo llegó a ser del 12,0 y la de Buñuel del 10,8. Por otra parte, tenemos que advertir que, por razones ligadas a la calidad y a la accesibilidad de los datos relativos a los nacimientos y a las defunciones, faltan las tasas correspondientes a los primeros periodos intercensales de algunos municipios de la Montaña y de la Zona Media.

Las tasas de migración anuales por cada mil habitantes del Cuadro 5 hablan de que en todo el período los municipios de la muestra de las comarcas septentrionales y centrales fueron afectados por niveles emigratorios cuando menos medianos y en ocasiones muy elevados. En Cárcar, por otra parte, a excepción del intervalo 1878-1887 en que se atestigua una marcada inmigración y él de 1888-1900 en que se aprecia una débil emigración, en los demás momentos se constata una pronunciada expulsión de contingentes poblacionales. Carcastillo y Buñuel, por el contrario, serían los únicos casos en los que se observa una mayor capacidad de retención de población e incluso de atracción en algunos momentos. En Carcastillo, 1861-1877 y 1878-1887 son periodos de tenue emigración, las dos primeras décadas del veinte son de inmigración (en especial la segunda) y solamente entre 1888 y 1900 y entre 1921 y 1930 la emigración alcanzó cotas considerables. En Buñuel, la secuencia es similar con la sola diferencia de que 1878-1887 es aquí un decenio con saldo migratorio positivo. Con todo, no hay que olvidar que, ya que en estos pueblos las tasas de crecimiento demográfico eran relativamente elevadas, aquellas tasas de migración demuestran que el crecimiento de la población del sur de Navarra fué un crecimiento fundamentalmente endógeno puesto que hubieron más periodos con saldos migratorios negativos que periodos con saldos migratorios positivos y, además, a excepción de Carcastillo entre 1911 y 1920, la inmigración no alcanzó niveles importantes.

Cuadro 5: Tasas de migración anuales por mil habitantes de diversos municipios navarros entre 1860 y 1930

	1861-1877	1878-1887	1888-1900	1901-1910	1911-1920	1921-1930
ECHALAR		- 4,5	- 15,7	- 17,3	- 10,7	- 13,2
IMOZ				- 4,0	- 5,2	- 11,3
AEZCOA		- 14,3	- 6,5	- 12,3	- 13,3	- 5,7
AMESCOA BAJA		- 10,6	- 3,7	- 8,6	- 2,7	
YERRI	- 10,0	- 6,0	- 9,0	- 16,8	- 12,5	- 13,4
OTEIZA	- 4,3	- 2,2	- 14,4	- 5,4	- 7,3	- 9,9
AIBAR	- 14,3	- 6,0	- 7,3	- 24,8	- 5,1	- 11,6
CARCAR	- 0,3	+ 12,6	- 1,7	- 9,0	- 7,0	- 13,8
CARCASTILLO	- 4,8	- 2,4	- 8,2	+ 0,4	+ 10,7	- 8,0
BUNUEL		+ 4,1	- 4,4	+ 3,8	+ 3,3	- 8,2

Fuente: Elaboración propia a partir de los censos publicados y de los registros civiles o parroquiales de los diversos pueblos.

5. La magnitud de las migraciones internas

Hasta el momento hemos abordado el tema de las migraciones presentando estimaciones de los saldos y de las tasas migratorias del conjunto de Navarra entre 1860 y 1930, así como estimaciones de los saldos y tasas de diversas localidades rurales navarras en ese mismo periodo. En este apartado trataremos de aproximarnos a la cuestión de las migraciones internas en Navarra a través de dos enfoques, uno centrado en el mundo urbano y otro en el mundo rural.

5.1. Migraciones internas y mundo urbano.

Como es sabido, la visión de las migraciones a partir de los saldos migratorios provinciales es engañosa en la medida en que predica de la totalidad de una provincia un mismo comportamiento. Ello es falso porque dentro del mismo territorio podían darse pautas disímiles a las globales. Así por ejemplo, en el caso de Navarra el crecimiento demográfico de los núcleos urbanos se fundamentaba hasta fechas bien tardías, al igual que ocurría en el resto de Europa Occidental, en la aportación inmigratoria del mundo rural.

El mundo urbano en Navarra en el periodo que estamos considerando se limitaba, si empleamos criterios como el del carácter concentrado del hábitat y el tamaño superior a 5.000 habitantes en algún momento, a sólo cinco municipios: Pamplona, Tudela, Corella, Estella y Tafalla. No obstante, en el caso de que se emplearan otros condicionamientos fundamentales para poder verificar a un municipio como urbano tales como la proporción de las ocupaciones no agrícolas y la diversidad de las mismas (De Vries, 1987, 25), podría cuestionarse el carácter urbano tanto de Estella como de Corella y de Tafalla.

Si nos fijamos en el Cuadro 6, en el que se presentan las tasas de crecimiento demográfico de la población urbana (considerando como tal la suma de aquellos cinco municipios considerados como núcleos urbanos) y de la rural, veremos que los avances poblacionales navarros se concentraron mucho más en

Disparidades espaciales y migraciones en el crecimiento de la población en Navarra entre 1786 y 1930

los núcleos urbanos que en el campo. El conjunto de la población urbana creció a un ritmo del 4,8 por mil anual entre 1786 y 1930 mientras que la población rural lo hizo a otro de 2,5. La diferencia fue creciente a partir de 1860, puesto que entre 1860 y 1900, mientras que el campo se estancó, las ciudades continuaron creciendo con la misma intensidad que anteriormente y puesto que entre 1900 y 1930 la tasa de crecimiento de la población urbana fue del 8,6 por 2,7 la de la población rural. Ese relativo éxito del proceso de urbanización en Navarra² se debió básicamente a la evolución de Pamplona ya que la capital registró un crecimiento mucho más intenso que el vivido en los demás núcleos urbanos.

Por otra parte, podemos cuantificar la envergadura de la inmigración a los núcleos urbanos navarros a partir de los ejemplos de Pamplona entre 1857 y 1930 y de Estella en las tres primeras décadas de nuestro siglo recogidos en el Cuadro 7. Según se ve en él, los crecimientos poblacionales de esas dos ciudades se debieron en exclusividad a la inmigración. Por lo tanto, la realidad emigratoria que, según la evolución de la población urbana y rural, provenía geográficamente del campo, no se limitaba a lo estimado en los saldos

Cuadro 6: Evolución de la población urbana y rural de Navarra entre 1786 y 1930 (en números absolutos y en tasas de crecimiento en tantos por mil)

	1786	1860	1900	1930	1786-1930	1786-1860	1860-1900	1900-1930
POB. URBANA	36629	48299	56358	72917	4,8	3,7	3,8	8,6
POB. RURAL	190753	251355	251311	272966	2,5	3,7	0,0	2,7

Fuente: Elaboración propia a partir de los censos de población de las fechas respectivas.

migratorios provinciales, sino que a los miles de personas que, según lo reflejado en aquellos saldos, habían abandonado Navarra habría que sumar otros miles que marcharon del campo hacia las ciudades navarras. Atendiendo a ese fenómeno queda claro que en 1860-1877 y en 1910-1930 la realidad del éxodo rural contemplada a través del prisma de los saldos migratorios provinciales queda muy minusvalorado. En 1860-1877 al flujo de los 30.000 campesinos que marcharon de la provincia se unieron los algo más de 8.000 que engrosaron los efectivos de Pamplona y los que no hemos cuantificado que se dirigirían a las demás ciudades navarras. A su vez, en 1910-1930 la despoblación del campo navarro fue también muy intensa, cambiando parcialmente su punto de destino y orientando parte de sus excedentes a los núcleos urbanos de la misma provincia y, sobre todo, a la

² Para encuadrar en la justa medida la magnitud de tal proceso baste recordar que, según los coeficientes corregidos de urbanización calculados por Luna Rodrigo (1988), Navarra ocupaba en 1887 el lugar 20 y en 1930 el lugar 18 en la clasificación de las provincias menos urbanizadas.

mayor de ellas. Con todo, a pesar de estas consideraciones, no debe olvidarse que la mayor parte de la emigración rural se encaminó fuera de la provincia.

Cuadro 7: Saldos migratorios intercensales en Pamplona entre 1857 y 1930 y en Estella entre 1900 y 1930

	PAMPLONA			ESTELLA		
	Dif. Censal	Dif. Vegetat.	Saldo Migra.	Dif. Censal	Dif. Vegetat.	Saldo Migra.
1857-1877	+2980	-5027	+8007			
1877-1887	+1033	- 916	+1949			
1900-1910	+ 586	- 795	+1381	- 592	- 503	- 89
1910-1920	+3163	- 256	+3419	+ 459	- 291	+750
1920-1930	+9264	+ 241	+9023	+ 369	+ 3	+366

Fuente: Para Pamplona García-Sanz Marcotegui (1987, 536) y para Estella Bielza de Ory (1968, 113).

A las consideraciones anteriores añadiremos otras, relativas a las características de los inmigrantes urbanos en ciudades como Pamplona apuntadas por autores como Fernando Mendiola (1995). Este autor analizó una muestra de casi 5.000 habitantes de la versión nominal del censo de 1887. En principio, la conclusión primordial es la de que, ratificando la idea de Mikelarena (1996), fundamentada en un análisis de los saldos migratorios de las capitales de provincia entre 1877 y 1930, se advierte que en ciudades tradicionales y no industrializadas también había una importantísima aportación inmigratoria. Un dato que avala esa idea es el de que los inmigrantes suponían el 60,8 por ciento de la población. Aparte de ello, muchos otros aspectos son reseñables. En primer lugar, el de las jóvenes edades de los inmigrantes pamploneses puesto que ocho de cada diez inmigrantes había llegado a Pamplona con menos de 35 años y puesto que los inmigrantes llegados con edades entre los 15 y los 34 años equivalían al 45,7 por ciento del total. En segundo lugar, el de la importancia de la inmigración familiar, tal y como prueba el análisis de la edad de llegada de los inmigrantes, lo que desmiente, corroborando lo que sucedía en Cuenca (Reher, 1990), la importancia de la idea tradicional de una migración hacia las ciudades protagonizada por personas solteras que se encaminaban a la ciudad en solitario. De hecho, la importancia de los niños indicaría que, al igual que sucedía en Sabadell (Camps, 1993; Camps, 1994) la emigración sería también una opción estratégica tomada por familias en un momento económico crítico. En tercer lugar, el del predominio de las mujeres dentro del colectivo de inmigrantes destacando especialmente ese predominio entre los 15 y los 24 años a causa de la incidencia del servicio doméstico. En cuarto lugar, en cuanto al origen de los inmigrantes, solamente el 16,6 era de fuera de Navarra, siendo el resto navarros de fuera de Pamplona. Dos comarcas navarras, la Cuenca de Pamplona y la Zona Media, aportaban por sí solas la mitad de los inmigrantes. En quinto lugar, en cuanto a las profesiones, el sector que más inmigrantes absorbía era el del servicio doméstico y el de costureras/lavanderas, sector con un claro predominio femenino. Los inmigrantes dedicados al jornalerismo, la artesanía, la industria, los servicios y las profesiones

liberales alcanzan niveles similares por lo que no se puede hablar de una inmigración dirigida hacia algún sector concreto.

5.2. Migraciones internas y mundo rural

La cuestión que queremos plantear en este apartado se refiere a la magnitud y a las características de las migraciones internas sobre el desarrollo demográfico del mundo rural en el período que nos interesa.

¿Puede pensarse que las migraciones internas incidían de igual manera en la totalidad de las comarcas rurales navarras? En principio no. Por un lado, la evolución demográfica de las distintas comarcas navarras, reconstruida más arriba a partir de los números índices en el Cuadro 3, podría hacer pensar que, como quiera que solamente la Ribera aumentó sus efectivos poblacionales, esa zona habría sido la única zona rural beneficiada de movimientos migratorios internos. Sin embargo, por otro lado, según los datos del Cuadro 6 relativos a las tasas de migración de diversos municipios, quedaba claro que el crecimiento demográfico de la Ribera coexistió con saldos migratorios negativos en muchos momentos, caracterizándose las fases de saldos positivos por una inmigración de mediana intensidad.

A pesar de que incluso la Ribera registró épocas en las cuales expulsó de sí población, el hecho de que sea el único ámbito rural en el que la población aumenta gracias a la aportación endógena y a la aportación exógena, ésta última en algunos momentos concretos, nos indica que la cuestión de las migraciones internas en Navarra en la época que nos ocupa como objeto de estudio solamente tiene razón de ser en relación con esa zona por cuanto es posible que hubiera recibido inmigrantes de la Montaña y de la Zona Media. Las zonas de los tercios septentrional y central únicamente habrían sido ámbitos de expulsión demográfica, teniendo en ellas, salvo en algunos casos aislados, la población inmigrante poco peso específico. El que la Ribera fuera la única zona rural receptora nos ha animado a profundizar en la cuantía de la población inmigrante y en su origen geográfico en las localidades de Carcastillo y Buñuel en las fechas de 1900 y 1930 a través de los datos de los censos nominales de esas fechas para así ver en qué medida se corrobora la hipótesis de que un contingente relevante de dicha población proviniera de otras comarcas de la misma Navarra situadas más hacia el norte.

En los Cuadros 8 y 9 figuran las proporciones que representaban los inmigrantes sobre la población de cada sexo y total en cada tramo de edad y también sobre la población global de Carcastillo y de Buñuel en 1900 y en 1930. Según se puede apreciar, la proporción de la población inmigrante sobre la población total era ligeramente más alta en Carcastillo que en Buñuel: del 22,7 en 1900 y del 23,4 por ciento en 1930 en aquella localidad y del 21,8 y del 22,5 en una y otra fecha en ésta. En los cuatro casos había más hombres inmigrantes que mujeres, si bien residiendo por lo general la diferencia en unas pocas décimas, con la sola salvedad del caso de Buñuel en 1900 en donde la proporción de unos y de otras se separa en más de dos enteros. Con todo, en ciertos tramos de edades se atestiguan diferencias de cierta envergadura en lo relativo a la presencia de inmigrantes de sexo masculino y de sexo femenino, diferencias que no se pueden achacar solamente a la mayor o menor presencia de domésticos de uno y otro sexo ya que en ellas convergen factores más variados de los que aquí no vamos a hablar por no ser éste el sitio oportuno.

Cuadro 8: Proporciones de la población inmigrante sobre la población de cada sexo y tramo de edad en Carcastillo en 1900 y en 1930

	1900			1930		
	HOMBRES	MUJERES	TOTAL	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
0-4	6,7	4,9	5,8	4,5	3,6	4,0
5-9	6,1	15,4	10,6	11,7	9,3	10,4
10-14	18,9	9,0	13,5	9,7	14,7	12,3
15-19	22,4	14,5	18,6	18,6	16,4	17,7
20-24	20,0	17,9	19,0	29,8	21,6	25,8
25-29	13,6	32,1	22,3	30,2	31,3	30,8
30-34	40,5	24,4	32,0	34,6	34,4	34,5
35-39	27,1	24,1	26,0	33,3	34,7	34,0
40-44	27,7	40,4	38,1	47,8	21,7	34,6
45-49	44,7	35,9	40,3	28,6	44,3	36,4
50-54	21,6	27,5	24,2	42,3	37,3	39,6
55-59	43,6	36,4	41,0	27,0	33,3	30,3
60-64	61,1	50,0	55,9	46,1	39,4	42,4
65-69	29,4	50,0	36,0	38,9	47,1	42,9
+70	87,5	52,6	65,4	45,4	43,1	43,8
TOTAL	23,3	22,1	22,7	23,9	23,0	23,4

Fuente: Elaboración propia a partir de los censos de población de las fechas respectivas.

Más interesante que las proporciones globales son las proporciones totales de inmigrantes en los diferentes tramos de edad. En Carcastillo en 1900 y en 1930 la proporción de la población inmigrante va creciendo, de forma paulatina y regular en la segunda fecha y con más brusquedades en la primera, desde niveles inferiores al 15 por ciento en los tramos de edades por debajo de los 15 años hasta alcanzar niveles muy altos en los tramos superiores: niveles que llegan a rebasar en ocasiones el 50 por ciento en 1900 y que rondan o sobrepasan el 40 por ciento en 1930. En Buñuel también se observa el mismo fenómeno aunque de forma menos intensa. En esta localidad también es en 1900 cuando se alcanzan las cotas más altas de población inmigrante en los tramos superiores de edades, sobrepasándose proporciones del 40 por ciento que en 1930 sólo se superarán de forma anecdótica. A la hora de la interpretación de esos datos hay que tener en cuenta diversos factores. No obstante, si bien también habría que ponderar la incidencia de la emigración familiar así como el sesgo relativos que puedan proporcionar los casos de nacidos fuera pero que llegaron al pueblo a edades tempranas y los casos de inmigrantes estacionales y de inmigrantes en los que su presencia en la localidad es sólo una fase de su ciclo vital migratorio (aspectos éstos que nos reservamos para otra publicación), no cabe duda de que el factor principal que incide sobre aquellos datos es el de la incidencia de una mayor inmigración en ambas localidades cuanto más nos alejamos del momento de la fecha del censo. Es decir, se puede afirmar que las informaciones de 1900 reflejarían la existencia de una mayor inmigración en la década de los años sesenta en relación con el flujo inmigratorio de las últimas décadas de la centuria. A su vez, las informaciones de 1930 indicarían la existencia de una corriente

Disparidades espaciales y migraciones en el crecimiento de la población en Navarra entre 1786 y 1930

inmigratoria 50 ó 60 años antes más importante en comparación con la registrada posteriormente.

Cuadro 9: Proporciones de la población inmigrante sobre la población de cada sexo y tramo de edad en Buñuel en 1900 y en 1930

	1900			1930		
	HOMBRES	MUJERES	TOTAL	HOMBRES	MUJERES	TOTAL
0-4	4,8	5,1	5,0	10,0	10,4	10,2
5-9	10,4	9,6	9,9	9,1	7,4	8,3
10-14	20,2	15,8	18,2	11,0	11,3	11,2
15-19	12,2	13,4	12,8	17,9	15,7	16,9
20-24	33,9	25,8	29,8	28,1	19,5	23,7
25-29	21,0	24,5	22,5	33,3	27,5	30,9
30-34	24,3	26,4	25,2	40,2	29,8	35,1
35-39	23,9	36,4	30,7	30,3	31,2	30,8
40-44	34,0	27,3	30,8	28,2	37,1	32,4
45-49	31,7	27,0	28,2	39,1	33,9	36,5
50-54	35,1	32,1	33,8	51,7	57,1	54,5
55-59	43,5	40,7	42,0	25,0	40,7	33,0
60-64	34,5	30,8	32,3	10,5	24,3	17,3
65-69	50,0	38,9	44,4	32,0	38,2	37,3
+70	52,4	26,3	40,0	30,5	30,0	30,3
TOTAL	22,9	20,6	21,8	22,7	22,3	22,5

Fuente: Elaboración propia a partir de los censos de población de las fechas respectivas.

Ya para finalizar, en el Cuadro 10 figuran las proporciones que representan los inmigrantes de las distintas zonas geográficas diferenciadas sobre el total de la población inmigrante de las localidades de Carcastillo y Buñuel en 1900 y en 1930. Según se ve en las zonas diferenciadas se corresponden con las diversas comarcas geográficas navarras, con las cuatro provincias más cercanas a esas dos localidades (es decir, las de Zaragoza, Rioja, Huesca y Soria), con el universo configurado por las restantes provincias españolas y por el universo conformado por otros países.

Obviando el hecho de que un gran número de inmigrantes en Carcastillo y Buñuel proceden de las mismas comarcas o de las comarcas adyacentes a las que se localizan esas dos localidades por cuanto ello era ciertamente esperable, la elaboración estadística del Cuadro 10 concerniente al origen de la población plantea algunas cuestiones relativamente novedosas.

Cuadro 10: Origen geográfico de la población inmigrante de Carcastillo y de Buñuel en 1900 y en 1930 (en porcentajes)

CARCASTILLO

BUÑUEL

	1900	1930	1900	1930
VALLES CANTABRICOS	0,0	0,5	0,0	0,1
VALLES MERIDIONALES	0,0	0,2	0,0	0,0
BARRANCA	0,6	0,2	0,0	0,1
PIRINEO OCCIDENTAL	0,0	0,3	0,0	0,0
PIRINEO ORIENTAL	6,6	3,0	0,0	0,6
PAMPLONA	1,3	3,0	0,3	1,6
CUENCA PAMPLONA	1,6	1,2	0,3	0,5
LUMBIER-AOIZ	2,2	0,8	0,0	0,1
MEDIA OCCIDENTAL	1,9	2,5	0,3	2,8
MEDIA ORIENTAL	18,3	14,8	0,8	1,2
RIBERA OCCIDENTAL	7,6	1,7	0,0	3,0
RIBERA CENTRAL	26,5	14,1	2,9	1,2
RIBERA TUDELANA	3,5	5,1	35,2	27,4
PROV. ZARAGOZA	20,5	27,7	44,1	43,8
PROV. RIOJA	5,0	5,9	3,1	5,6
PROV. HUESCA	1,9	1,9	4,6	2,8
PROV. SORIA	0,9	5,1	1,4	0,9
RESTO ESPAÑA	0,9	9,5	6,9	7,5
EXTRANJERO	0,6	2,4	0,0	0,5
TOTAL	99,9	99,9	99,9	99,7

Fuente: Elaboración propia a partir de los censos de población de las fechas respectivas.

La principal de ellas es la de que la aportación inmigratoria de las comarcas navarras de la Montaña (entendiendo por tal la suma de las tres comarcas de la Navarra Atlántica, las dos pirenaicas, las dos prepirenaicas y la ciudad de Pamplona) al fuerte crecimiento demográfico de Carcastillo y Buñuel fue ciertamente escasa. La única excepción sería la aportación de los valles pirenaicos orientales en Carcastillo en 1900, si bien hay que tener en cuenta que ese porcentaje del 6,6 está sesgado al alza por la inclusión en él de 14 pastores transeúntes de la localidad roncalesa de Ustarroz que llevaban unos pocos meses en el pueblo, volviendo a su municipio de origen en el verano. Esos pastores representaban dos tercios del total de la aportación inmigratoria de esos valles en dicha fecha. Tenemos que subrayar que la escasa aportación montañesa nos ha sorprendido en cuanto que al menos en el caso de Carcastillo esperábamos una presencia mucho mayor de roncaleses y de salacencos ya que la consulta de la guía telefónica de dicha localidad y de los demás pueblos bardeneros muestra un gran número de apellidos originarios de dichos valles. El hecho de que esa presencia sea escasa, teniendo en cuenta que nuestra perspectiva a partir del censo nominal de 1900 abarcaría a los inmigrados definitivos desde mediados del siglo XIX e incluso desde antes, indicaría que la inmigración roncalesa y salacenca, incentivada por el goce de los pastos bardeneros, habría tenido lugar en épocas anteriores. De cualquier forma, el hecho de la exigua presencia de originarios del norte de Navarra en esas dos localidades ribereñas prueba que la elevada emigración septentrional no contemplaba el mediodía navarro como destino migratorio, dirigiéndose hacia otras zonas entre las cuales destacarían, a nuestro juicio, las dos provincias costeras de la Euskal Herria peninsular y, por supuesto, América.

La segunda conclusión importante es la elevada presencia de aragoneses y, también en otro plano mucho más secundario, de riojanos en las dos localidades ribereñas. Es cierto que la mayoría de los inmigrantes de la provincia de Zaragoza provenían de las localidades zaragozanas próximas a Carcastillo y Buñuel, pero,

con todo, debemos subrayar que resulta enormemente llamativo que la proporción de inmigrantes zaragozanos en Carcastillo en 1930 equivalga casi a la suma de las proporciones de los inmigrantes de la Ribera Central y de la Comarca Media Oriental. Del mismo modo, es muy sorprendente que la proporción de los inmigrantes originarios de la provincia de Zaragoza en Buñuel en 1900 y 1930 sea superior en las dos fechas, siendo muy superior en la segunda fecha, a la proporción de los originarios de la propia Ribera Tudelana. Tal vez se podría pensar que Carcastillo y Buñuel (que, recordémoslo, fundamentan su crecimiento demográfico en última instancia en un fuerte crecimiento de la superficie de cultivo) eran dos destinos migratorios más apetecidos para los migrantes zaragozanos que para los migrantes de la propia Navarra.

Bibliografía

BIELZA DE ORY, V. (1968), "Estella, estudio geográfico de una pequeña ciudad Navarra", *Príncipe de Viana*, pp. 55-115.

CAMPS, E. (1993), "Las migraciones locales en España, siglos XVI-XX", *Boletín de la ADHE*, 11, 1, PP. 29-40.

CAMPS, E. (1994), "Migrating in families: access to jobs and families of rural-urban migrants in 19th century Catalonia", comunicación presentada a los *Primeros Encuentros de Demografía*, San Sebastián.

DE VRIES, J. (1987), *La urbanización de Europa*, Barcelona.

EQUIPO DE TRABAJO DE LA TIERRA DEL INSTITUTO GERONIMO DE USTARIZ DE PAMPLONA (1991), "La propiedad privada en Navarra a fines del siglo XIX", en GARRABOU, R. (coord.), *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*, Madrid.

ERDOZAIN, P. y MIKELARENA, F. (1997), "Algunas consideraciones acerca de la evolución de la población rural en España en el siglo XIX", en *Noticiero de Historia Agraria*, 12, pp. 91-118.

FLORISTAN SAMANES, A. (1972), "Regiones comarcales de Navarra", en *Jose Manuel Casas Torres, veinticinco años de docencia universitaria. Homenaje a una labor*, Zaragoza, pp. 135-140.

GARCIA-SANZ MARCOTEGUI, A. (1987), "La influencia de la inmigración en el desarrollo demográfico de Pamplona", *Príncipe de Viana*, 181, pp. 525-541.

LANA BERASAIN, J. M. (1992), "Propiedad y relaciones económicas en la Ribera Tudelana a finales del siglo XIX", en *Actas del II Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX*, Pamplona, pp. 283-310.

LOS HUERTIOS CENTENARIO, C. (1992), "La localización del sector industrial en Navarra (1888-1927)", en *Actas del II Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX*, Pamplona, PP. 407-432.

LUNA RODRIGO, G. (1988), "La población urbana en España, 1860-1930", *Boletín de la ADHE*, 61, PP. 25-68.

MENDIOLA, F. (1995), "Inmigración en Iruñea-Pamplona a finales del siglo XIX, aproximación a partir del censo de 1887", comunicación presentada al *IV Congreso de la ADHE*, Bilbao.

MIKELARENA, F. (1993), "Los movimientos migratorios interprovinciales en España entre 1877 y 1930": áreas de atracción, áreas de

expulsión, periodización cronológica y cuencas migratorias", *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 3, 2, pp. 213-240.

MIKELARENA, F. (1996), "Estructura económica, evolución cuantitativa de la población y balances migratorios de las capitales de provincia españolas en el período 1860-1930. Un análisis comparativo", en GONZALEZ PORTILLA, M. y ZARRAGA SANGRONIZ, K. (eds.), *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*, Bilbao.

NICOLAU, R. (1991), "Trayectorias regionales de la transición demográfica española", en LIVI BACCI, M. (coord.), *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*, Alicante, pp. 49-65.

PEREZ MOREDA, V. (1984), "Evolución de la población española desde finales del Antiguo Régimen", *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 20-38.

PEREZ MOREDA, V. (1985), "La modernización demográfica de España", en SANCHEZ ALBORNOZ, N. (comp.), *La modernización económica de España*, Madrid.

REHER, D.S. (1990), *Town and country in Pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870*, Cambridge.

RIPA, R. (1865), *Observaciones sobre las mejoras que pueden introducirse en agricultura y ganadería de la provincia de Navarra*, Pamplona.

URABAYEN, L. (1931), *Geografía de Navarra*, Pamplona.